

LAS ARCADAS Y EL MUSEO

Por GLADYS LAUDERMAN

Hace ya más de un año, escribí unas cuartillas tituladas "Un Museo en el horizonte" y a medida que el tiempo ha transcurrido, nos hemos ido acercando a ese proyecto tan en lojananza, ya que hoy parece más viable su terminación. Los preparativos y las obras constructivas se han venido desarrollando con mayor o menor lentitud; pero la necesidad de un Museo Nacional ha sido comprendida por el país que la apoya con conciencia del acto, y su ubicación también es una realidad.

El viejo mercado del Polvorín, lugar de transacciones comerciales desde fines del siglo pasado, desde la colonia, cede su espacio a menesteres de más jerarquía: a la labor de divulgar la obra artística, una de las más importantes que ha producido la humanidad, al pueblo cubano. Comercio sí, pero comercio de ideas, de conceptos, de actitudes, de emociones, de sensibilidad. ¡Cuánto bien no hará que en ese lugar tan céntrico de nuestra ciudad no se alberguen ya pescados y verduras, sino viejas reminiscencias de la historia patria y nuevas y vibrantes creaciones de artistas cubanos y extranjeros!

Un nuevo proyecto de Obras Públicas, que altera de un modo total el anterior, ha motivado un punto polémico: el de las viejas piedras que deben destruirse, conjurado ya por obvias razones. Muchos han defendido las arcadas que desaparecerán para dejar una más amplia visibilidad a la verdadera estructura del edificio y para facilitar la "funcionalidad" del interior, puesta en precario por el empeño de conservar la vieja fachada del mercado; pero hay muchas razones que justifican esta resolución, y este artículo pretende hacerlas públicas.

El mercado de estilo impuro neoclásico no ha sido nunca una de las construcciones logradas de esta pe-

culiar manera de edificar que imperó en Cuba a fines del siglo pasado, extendiéndose a gran parte de la era republicana, y que se mixtificó demasiado pronto, dando a la capital y sus barrios más elegantes, como el Vedado, la serie interminable de casas que presentan al exterior esas columnas dóricas, jónicas, corintias, las arquivadas, los entablamentos, sin la menor originalidad. No puede el Mercado parangonarse al Palacio Aldama o la quinta de los Marqueses de Santovenia, en el Cerro, que si fueron construcciones primerísimas de este estilo. De lo que se deduce que, desde su origen, fué uno de esos edificios que se hacen más o menos bien realizados y que llenan su cometido a cabalidad; pero en modo alguno representan una época constructiva o estilística de un país y que, por tanto, no merecen ser conservados como recuerdo de un pasado nacional.

El mismo está ubicado en una plaza y entre unas avenidas que, en el decurso de unas décadas, serán el límite en uno de sus ángulos del mundo colonial, del que quedará como vigia la histórica Iglesia del Ángel, y que representará la época contemporánea con sus audaces edificaciones al estilo de hoy. El Palacio Presidencial será una construcción extemporánea y cada vez se acercará más a recordar en ex exterior un palacio de opereta. Teniendo una visión certera del futuro ni la Iglesia ni el Palacio darán la tónica de ese ambiente de una Habana que progresa rodeada de índices de los viejos tiempos. No hay en consecuencia razón constructiva o estilística para conservar estas antiguas arcadas.

Si razonable y definitivo es lo anterior para tomar esta medida, es de un carácter más fundamental cuando conocemos que las arcadas obligan a alterar todo el interior para acomodarlo a ellas, impidiendo un adecuado uso de los espacios para los fines que se destinan, y al comprender que, desde el punto de vista estilístico, las mismas desaparecerían en un edificio de factura imitada renacentista del cual de manera incontestable atraerían los capiteles, las molduras y cualquier otra ornamentación superpuesta y superflua. Los interiores estarían viciados por una iluminación inadecuada, por falta de interrelación y fluencia espacial, por ausencia de testeros, lo que forzaba a colocar vitrinas y muebles en las propias ventanas y lo que impedía un aislamiento del interior al exterior de los visitantes, dificultando la organización del Museo y trayendo al contemplador un elemento de distracción: el suceso exterior. Sin tener en cuenta otra razón importantísima: el tiempo, pues el proyecto anterior requiere tres años como mínimo para terminar toda esa desusada, inadecuada y anacrónica construcción, ya que hoy en día no hay muchos obreros que sepan trabajar estas talla de piedras. Y ya sabemos lo urgente que está Cuba de un Museo Nacional para demorar su funcionamiento en un afán de conservar una combinación de estilos que en definitiva no sería ni una cosa ni otra, sino una mera adición de formas sin prestancia.

El nuevo proyecto, trazado de un modo maravilloso por el arquitecto Alfonso R. Pichardo, le da una "funcionalidad" adecuada a los grandes espacios interiores, que serán adaptados con paneles móviles de acuerdo con las últimas técnicas constructivas de estas edificaciones museales. Aplica este arquitecto la espiral creciente de Le Corbusier, famoso por sus ideas y conceptos arquitectónicos, de modo que sucesivamente, por adición de nuevas crujeas, el Museo puede crecer para adaptarse al aumento de sus riquezas. Los testeros quedarían disponibles al tener las ventanas en el plano anexo a la techumbre y a su vez la iluminación sería la idónea en estos casos. El aspecto exterior en consecuencia respondería al sistema constructivo con esa sinceridad del arte de nuestro tiempo.

De este modo Cuba tendría un Museo que estaría al nivel de los que se vienen construyendo en el extranjero, que podría ampliarse a medida que se adquieren nuevas obras y habríamos conjurado el fantasma de la provisionalidad del proyecto anterior que contemplaba la necesidad de edificar otro al cabo de algunos años. Cuando las realidades cubanas nos hablan tan mal de los capitales nuestros que no contribuyen, como en otros países, a colaborar con el Estado en estos necesarios centros culturales que una nación anhela, es un riesgo demasiado grande trabajar en un proyecto que al cabo de algunos años no respondería al progreso del Museo.

Como miembro del Patronato Pro Museo Nacional defendí el proyecto que el arquitecto Pichardo explicó de una manera brillante y convincente en la junta convocada al efecto, que fué aprobado en definitiva por la totalidad de sus miembros. Si alguno no compartió el criterio estilístico, comprendió, sin embargo, las razones de otro tipo que favorecían el nuevo trazado. Estoy segura que a su terminación, que ha prometido Obras Públicas para el 20 de mayo, hasta los mismos que han combatido la destrucción de las arcadas gustarán del edificio y aplaudirán la actitud del ministerio, del Patronato, al no tener la decepción de contemplar una construcción de estilo anacrónico en el exterior (como es el caso del teatro Payret, recientemente inaugurado) y con la desventaja sustancial de no llenar la función para que fué creado.

Pad, nov 24/51



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA